

OBITUARIO

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
(1917-2009)

Nacido en Tlatlahuqui, Puebla, el 24 de abril y fallecido en la ciudad de México el 7 de enero, fue Ernesto de la Torre Villar acaso el historiador mexicano del siglo xx que fungió como eslabón generacional mejor que ningún otro. En su juventud, mientras encauzaba su vocación entre la música, el derecho y la literatura, la práctica de los historiadores todavía era la de los que desde hace algunas décadas merecieron el nombre de tradicionalistas empíricos, esto es, historiadores descriptivos y en el mejor de los casos narrativos, publicadores de documentos inéditos y muy raros, editores de obras pretéritas, pero también comenzaban a asomar las nuevas maneras de hacer historia, propias de los que se formaron para hacerlo en instituciones *ad hoc*, las cuales si bien no existían o comenzaban apenas, veían que el futuro de la profesión estaría en las instituciones académicas. El joven De la Torre participó de ambas, ya que tuvo el privilegio de ser integrante de la primera

promoción de alumnos del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, donde ingresó antes de cumplir 24 años, con la carrera de leyes sobre sus hombros, así como sus estudios literarios. Durante años fue identificado como “el licenciado De la Torre”. Al igual que sus compañeros, conocía y sabía de los historiadores recientemente fallecidos, que encarnaron una época como Jesús Galindo y Villa y Luis González Obregón, al tiempo que comenzaba a formarse en la institución producto del experimento de la España peregrina acogida por Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas.

Como otros muchos, su vida estuvo marcada y enmarcada por esa confluencia generacional. Con sus compañeros del CEH, participó a partir de la fundación del IFAL (Instituto Francés para la América Latina) en la Mesa Redonda de Historia Económica y Social, que le permitió escuchar a los historiadores franceses que acudían a la invitación que les brindaba François Chevalier. Ahí se pudo poner al día con respecto de los vientos que soplaban desde París donde comenzaba a despuntar Fernand Braudel. Pero nunca le dio la espalda a los viejos historiadores tradicionalistas como los mencionados y otros con los que le tocó convivir y compartir responsabilidades como don Juan Bautista Iguíniz. También, como alumno de El Colegio, participó de las tensiones que pudo generar la enseñanza que manaba de dos personalidades contrapuestas: el gallego Ramón Iglesia y el yucateco, hoy centenario, Silvio Zavala. De ambos recibió formación y a ambos rindió tributo. Con Iglesia hizo sus primeras armas en el análisis historiográfico con su contribución sobre Baltasar Dorantes de Carranza en los *Estudios de historiografía de la Nueva España* (1945) coordinados por Iglesia a partir de los trabajos de sus alumnos. De don

Silvio, fue gran continuador a través de sus múltiples estudios de historia de las instituciones novohispanas. También obtuvo el beneficio de la enseñanza del gran bibliógrafo Agustín Millares Carlo. Fue, pues, historiador moderno, entendido esto en su contexto vital como uno de aquéllos que se benefició de la enseñanza de sus maestros formados en el rigor del Centro de Estudios Históricos de Madrid de don Ramón Menéndez Pidal o bajo la égida histórico-jurídica de don Rafael Altamira y Crevea. Lo fue también por sus relaciones con la historiografía francesa iniciadas en el IFAL y culminadas en París al inicio de los años cincuenta. Fue, también, un historiador consciente de su pertenencia a una tradición historiográfica que tenía en don Joaquín García Icazbalceta a su figura paradigmática. De ahí el gran bibliógrafo y editor que fue Ernesto de la Torre.

Otra característica de don Ernesto fue la gran variedad temática abordada por él en algo más de seis decenios de trabajo histórico. Su resistencia a ser encasillado como especialista en una pequeña parcela historiográfica lo llevó a tratar con la misma dosis de rigor temas coloniales y decimonónicos, sin escapar a algunos que otros trabajos de referencia prehispánica o del siglo xx. Como buen metodólogo que fue, todos sus trabajos están debidamente fundamentados. Claro está que el no ser propiamente especialista lo eximiría de tener preferencias. En ese plano, lo mismo los siglos coloniales, con cierta inclinación por el xviii, aunque sin olvidar el xvi, así como por el xix, a lo largo y a lo ancho de la centuria, con especiales inclinaciones por la independencia y sus figuras y por la época liberal y las suyas, sin excluir en ambas a los personajes centrales, Hidalgo y Juárez. En esto, por ir contra corriente, es más tradicional que moderno. No renunció a

la historia general de México ni a incursionar en la de las naciones hispanoamericanas.

En cuanto a los géneros, lo mismo hay en su obra libros originales que compilaciones y antologías, artículos, introducciones, reseñas bibliográficas, ediciones de textos y documentos, notas necrológicas y semblanzas evocativas, en fin, una gama que sirve de muestrario, a partir de una sola persona, de la cabalidad del trabajo del historiador. Por eso es tradicional y moderno. Asimismo, su labor docente benefició a estudiantes de la Escuela Normal Superior, la Escuela Nacional de Bibliotecarios, desde luego, la que fue su casa principal, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde formó a muchas generaciones en sus cátedras de Metodología y Técnica de la Investigación Histórica, que también impartió en Ciencias Políticas, Historia Antigua de América, Revolución de Independencia, diversos seminarios y una gran cantidad de tesis dirigidas. También prodigó su saber como profesor en universidades de diversos estados de la República y del extranjero.

La divulgación del saber histórico fue otra de sus actividades destacadas. Miembro de diferentes instituciones, a partir del Seminario de Cultura Mexicana, que lo reconoció como emérito, después de muchos años de haber sido miembro titular, recorrió el país atento al llamado de las más de 50 corresponsalías que lo forman. En todas las ciudades representadas en el Seminario se le recuerda con cariño y gratitud. Perteneció también a la Academia Mexicana de la Historia donde ocupó el sillón número 1, del que antes fueron propietarios Francisco Sosa, José Lorenzo Cossío y Alfonso Caso, a quien sucedió a partir de 1971. Fue, asimismo, presidente del Comité Internacional de Ciencias Históricas, el único mexicano que ha alcanzado esa alta dignidad.

Los reconocimientos no se le escatimaron. Así, la UNAM lo contó entre sus investigadores eméritos y le otorgó el Premio Universidad Nacional en investigación en Ciencias Sociales y en 1987 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el campo de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía.

Infatigable, todavía en febrero de 2008 acudió a la presentación de uno de sus últimos libros, una antología titulada *Construyendo la patria. Ensayo histórico de México*, en dos volúmenes que recogen un muestrario de textos que inciden en la formación y el desarrollo del proceso histórico mexicano, desde la época precolombina, con Nezahualcóyotl, hasta pensadores y ensayistas previos a su generación. Esa antología constituye el legado de un historiador que anhelaría que muchos mexicanos, para llegar a alcanzar el título de verdaderos ciudadanos, deberían leer. Una inyección a la conciencia histórica nacional, tan necesitada de conciliarse y reconocerse en su historia.

De la Torre fue ejemplar. Bondadoso, accesible, generoso. Adjetivos fáciles de escribir, pero difíciles de adjudicar a una persona. También podría agregarse el de apasionado, su pasión por la historia lo hizo ser como era: abarcador de todas las épocas posibles, capaz de compilar antologías como *Lecturas históricas mexicanas*, escribir sus trabajos sobre la independencia: los dedicados a los Guadalupe, a la Constitución de Apatzingán, a la independencia toda; capaz también de organizar su compilación de testimonios históricos guadalupanos que escribir sobre *El arte de ilustrar en México* donde aborda los trabajos de un número representativo de grabadores mexicanos, o recorrer la curiosidad de los *ex libris*. La época liberal también le debe títulos fundamentales. Sus rescates de historiadores señeros, como don José Fernando Ramírez muestran su gratitud a los predecesores. No

escatimó esfuerzos para dar a los estudiantes de bachillerato una historia de México o colaborar en obras colectivas como la *Historia de México* de Salvat o la *Historia documental de México*, del instituto universitario al que estuvo adscrito, el de Investigaciones Históricas.

Como administrador académico, le dio un importante giro a la Biblioteca y Hemeroteca nacionales, al establecer como coordinador de ambos repositorios, el Instituto de Investigaciones Bibliográficas y ser fundador del hoy consolidado Instituto de Investigaciones doctor José María Luis Mora.

Hombre abierto a todas las tendencias y corrientes, lo que le hacía ser un liberal en el mejor sentido de la palabra, es decir, tolerante, lo mismo reconocía al México católico guadalupano que evocaba con tristeza al amigo marxista ido Agustín Cué Cánovas, en sentido obituario, y celebraba el triunfo de la República liberal.

Vida ejemplar, sin duda. Historiador humanista, bibliógrafo y bibliófilo, fino escritor reconocido por la Academia Mexicana de la Lengua, a la que también perteneció, conocedor *in situ* de los escenarios cuya historia reconstruía, definitivamente eslabón entre la rica herencia de los historiadores mexicanos de todos los tiempos, los que están recogidos en sus *Lecturas históricas mexicanas* y las legiones de sus alumnos que se prolongan hasta el inicio del siglo XXI. Su rica y abundante bibliografía queda como evidencia elocuente de su vida consagrada a revivir y revalorar el pasado. Podría expresarse en breve sentencia el quehacer de su vida: *Ernesto de la Torre, o del historiador*.

Álvaro Matute

Universidad Nacional Autónoma de México